

cris tianis mo y so ciedad

Enrique Martínez Lozano

La botella en el océano

2ª edición



De la intolerancia religiosa a la liberación espiritual

DESCLÉE DE BROUWER

Enrique Martínez Lozano

LA BOTELLA EN EL OCÉANO

De la intolerancia religiosa
a la liberación espiritual

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO – 2009

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
I.- LA INTOLERANCIA RELIGIOSA	17
La intolerancia que nos acecha: Necesidad de seguridad y descalificación del otro	17
Intolerancia y religión. Aproximación inicial	19
¿Cómo funciona la intolerancia religiosa?	22
Un triple efecto boomerang	24
Un caso paradigmático: Jesús, víctima de la intolerancia religiosa	26
Pero, ¿de dónde nace? Raíces de la intolerancia religiosa. Cuatro perspectivas	31
II.- PARA SALIR DE LA INTOLERANCIA.	
UN TRABAJO EN CUATRO DIRECCIONES	41
Nivel psicológico	43
Nivel “cultural”	47
Nivel religioso	50
Nivel espiritual	53

III.- MÁS ALLÁ DEL TEÍSMO Y DEL PREJUICIO MATERIALISTA.	59
Teísmo, religión, espiritualidad	59
Teísmo e intolerancia religiosa: la fe como <i>creencia</i> en un dios <i>separado</i>	62
La crisis del teísmo: un triple cuestionamiento	65
Ni absolutismo ni relativismo. Superar la “ansiedad cartesiana” para crecer en tolerancia y humanidad (espiritualidad)	71
Resistencias modernas a la espiritualidad	76
IV.- ESPIRITUALIDAD COMO LIBERACIÓN Y PLENITUD.	81
La dinámica interna de la creencia	82
Qué es la espiritualidad	85
La cuestión del yo	89
La espiritualidad y el yo: el camino de la ab-negación	93
El camino del silenciamiento: modos de trascender el yo	97
Trascender el modelo cartesiano: del enfrentamiento a la integración	118
Ver la realidad desde el horizonte espiritual.	121
CONCLUSIÓN: LA BOTELLA EN EL OCÉANO, O LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA	133
Religión y espiritualidad.	133
¿Por qué estamos donde estamos? La evolución de la conciencia	137

INTRODUCCIÓN

La creencia no es la Verdad, como la miel no es el dulzor.

Somos herederos de un pasado en el que “espiritualidad” y “religión” se vivían fundidas y confundidas. La religión era –en muchos lugares del mundo, es– una institución tan poderosa que terminó acaparando y controlando todo lo espiritual. El *motivo* es simple: había constituido el vehículo transportador, la *forma* histórica en la que aparecía condensada la dimensión espiritual del ser humano. Lo que ocurrió, finalmente, fue que esa forma acabó apropiándose del *contenido*.

Este proceso produjo, inevitablemente, serias *consecuencias*, entre las que es necesario destacar dos, que llegan hasta nosotros: la absolutización de la religión y la generación consiguiente de un extendido clima de recelo, cuando no de hostilidad y rechazo, hacia todo lo que sonara a espiritualidad.

La *absolutización de la religión* no es difícil de entender. Al definirse a sí misma por su referencia a lo divino, se ha presentado como una realidad perteneciente a aquel mismo ámbito *absoluto* de la divinidad: era, como dios, intocable. De ese modo, se dotaba de un “manto sagrado”, con el que parecía quedar a salvo de cualquier crítica. Y se sentaban las bases de su potencial peligrosidad: quien discrepaba

de ella, atraía sobre sí la condena y el castigo de los dioses, que sus propios fieles se encargaban de materializar.

Pues bien, a partir de aquella absolutización, se produce toda una serie de *reacciones encadenadas*, que me limito a enumerar. Para empezar, la *intolerancia*. Parece claro que todo lo que se absolutiza reclama para sí *exclusividad* ya que, por definición, no puede existir más que *un* absoluto. La consecuencia inevitable había de ser la condena de todo aquél que negara su carácter exclusivo y de quien discrepara de sus formulaciones. Por tanto, siempre que la religión se ha autocomprendido de ese modo, no le ha quedado más salida que la *intransigencia* y la *intolerancia*, con todo lo que de ahí se deriva.

Y algo que se deriva de ello es *recelo* y *hostilidad*. Todo lo que se absolutiza, adoptando además modos impositivos, suele terminar provocando rechazo y, dada aquella identificación de la que hablaba más arriba, el repudio de lo religioso incluyó con frecuencia a todo lo espiritual.

Con ello, a partir de la Ilustración, por más que el recelo hacia la institución religiosa estuviera justificado, se fue generalizando un *empobrecimiento de lo humano*, como consecuencia de la negación (práctica) de la dimensión espiritual de la realidad. A ello me referiré más adelante.

Por su parte, al sentirse hostigada, *la religión tiende a encerrarse* cada vez más, en un (inconsciente) mecanismo de autoprotección, hecho a partes iguales de beligerancia y de victimismo. El resultado es doble: crece la desconfianza hacia ella y corre el peligro de convertirse en un gueto.

¿Cómo salir de este laberinto? El camino pasa por la *lucidez*, que nos permita nombrar las cosas ajustadamente, comprender las causas y, de ese modo, atisbar el porvenir.

Hoy somos conscientes de que la *religión* es una *construcción humana*, a través de la cual, en el mejor de los casos, se ha buscado canalizar todo aquello que tiene que ver con la dimensión *espiritual* de la realidad.

Como tal, siempre ha sido deudora del marco cultural en el que ha aparecido y, más ampliamente, del nivel de conciencia en que los humanos se encontraban. Por eso, cuando se ha querido absolutizar, ha olvidado que era una construcción relativa, siempre sometida a discernimiento y, en no pocos casos, se ha pervertido.

La *espiritualidad*, sin embargo, hace referencia a la *dimensión de profundidad* de todo lo real. Más exactamente, al *Misterio* que Somos y Es. Donde “misterio” no se asocia a enigma, problema, oscuridad, al margen de la vida..., sino justamente a todo lo contrario. Misterio es nuestra realidad más honda, aquello que da razón de lo que es y que, aunque inefable para nuestros labios e inasible para nuestra mente, es lo que hace que nuestros labios hablen y que nuestra mente piense. Aquello que, sin ser tangible, asoma constantemente por todos los ángulos de la realidad.

Desde la belleza de un paisaje hasta la sonrisa de un niño, desde el silencio elocuente de la naturaleza hasta la experiencia de unidad con todo, desde la alegría al enamoramiento, desde la ternura hasta la plenitud..., todo aquello que despierta en nosotros sobrecogimiento, asombro, admiración, impulso, descanso, paz, ensanchamiento, vitalidad, gratitud, amor, alegría, comunión, silencio... nos habla del *Misterio*; y a todo ello remite la *espiritualidad*.

La palabra *misterio* proviene del verbo griego “*myein*”: cerrar los ojos y la boca. Porque eso es precisamente lo que produce el misterio en nosotros. Es la realidad luminosa –quizás mejor, el aspecto luminoso de la realidad– que nos deslumbra; ante ella, nos quedamos ciegos

y mudos, sobrecogidos. Como ante un abismo de luz que nunca terminaremos de abarcar. *Somos en ese abismo y estamos hechos de él, pero es infinitamente más* de lo que nuestra mente es capaz de percibir.

Es cierto que el *sufrimiento psíquico* –el dolor no elaborado–, con sus secuelas de amargura y resentimiento, al replegarnos sobre nosotros mismos, suele endurecernos y blindarnos ante el Misterio. Podemos llegar a perder nuestra capacidad de asombro, admiración y gratitud, apareciendo, en su lugar, la rutina, el tedio y el vacío.

Pero también un determinado “*humus*” *cultural* llega a producir efectos similares. Es lo que ocurre cuando la persona crece en un ambiente en el que sólo se atribuye estatus de realidad a lo que se puede tocar. Es el empobrecimiento radical de lo humano: se ignora el Misterio y, en su lugar, aparece el *mundo chato*. Sólo queda una realidad “*aburrida, muda, inodora e incolora, el simple despliegue interminable y absurdo de lo material*” (A. Whitehead).

Ambos factores –el sufrimiento psíquico o emocional y ese concreto *humus* cultural– contribuyen a encerrar a la persona en la más estrecha cárcel egoica que podamos imaginar. Para salir de ella, se requerirá, pues, *un doble trabajo*: elaborar (curar) el sufrimiento pendiente y desenmascarar, desde la propia experiencia, la falsedad de aquella visión chata de la realidad.

En este trabajo quiero ceñirme al segundo de esos puntos. Porque me produce tristeza constatar el empobrecimiento y la ignorancia a los que nos “condena” nuestro prevalente marco cultural. Particularmente, cuando me fijo en los niños. ¿Cómo podemos privarlos de aquella dimensión –la que nos permite acceder a nuestra identidad de fondo– que es, justamente, la que da sentido y vida a todas las demás?

Frente a esta constatación, me parece claro que, para crecer en humanidad, para salir de la prisión reduccionista en la que nos hemos encerrado y disfrutar de la luz de la libertad, necesitamos *crecer en espiritualidad*¹. Ello implica tres cosas: *denunciar* el prejuicio –“culturalmente correcto”, pero radicalmente inhumano– que reduce lo real a lo tangible; *comprender* cómo hemos llegado a esta situación; y (ayudar a) *experimentar* la dimensión de Misterio o, por decirlo de otra forma, la *liberación espiritual* a la que –sabiéndolo o no– nuestro ser nos impulsa. Son tres cuestiones que, como motivación de fondo, se hallan *en el origen de este texto*, y que, humildemente, el presente libro quiere afrontar.

Y lo hago, usando, como *puerta de entrada*, la grave cuestión de la *intolerancia religiosa*. El análisis de sus *causas*, desde las diferentes perspectivas que la explican (capítulo 1), habrá de dar luz sobre el trabajo necesario para *superarla* (capítulo 2). Dado que, históricamente, parece incontestable que la intolerancia ha anidado más en las religiones teístas, afrontaremos la debatida cuestión del *teísmo* (capítulo 3), para proponer que nos encaminamos hacia su superación, aunque ello no significa admitir el *prejuicio materialista* que nos empobrece. Y terminaremos, finalmente, fijando nuestra atención en el Horizonte hacia el que originariamente todas las religiones apuntaban: la vivencia de la *liberación espiritual* (capítulo 4).

1. Cada vez son más las voces que empiezan a hablar de la “inteligencia espiritual” –no monopolio de las religiones, sino patrimonio del ser humano–, como la que permite el crecimiento y la transformación en dirección a una mayor evolución de nuestro potencial humano. Gracias a ella, afrontamos y resolvemos problemas de sentido, planteando nuestras vidas y nuestros actos en un contexto más amplio, más rico y significativo: D. ZOHAR – I. MARSHALL, *Inteligencia espiritual. La inteligencia que permite ser creativo, tener valores y fe*, Plaza&Janés, Barcelona 2001.

Será éste último el capítulo más amplio, porque aborda la cuestión que más nos interesa: la *espiritualidad como liberación y plenitud*. ¿Qué es la espiritualidad? ¿Qué espacio ocupa en la vivencia y el despliegue de lo humano? ¿Qué relación guarda con el yo y con el proceso de evolución de la conciencia? ¿Qué secreto encierra? ¿Cuál es la práctica apropiada para acceder a su riqueza? ¿Cómo ejercitarnos, concretamente, en ella? ¿Cómo percibimos, desde ahí, la realidad? ¿Cómo se modifica nuestro modo de ver y nuestro modo de actuar?...

He ahí las cuestiones a las que trato de dar respuesta en ese extenso capítulo. Lo hago *desde un convencimiento expreso, humilde pero experimentado*: en lo profundo de nosotros mismos, estamos habitados y constituidos por el Misterio que quiere vivirse y expresarse en nuestra propia existencia. *En lenguaje teísta*, podría formularse de este modo: Dios quiere vivirse en cada uno y cada una de nosotros.

Lo hago, también, *en forma de invitación gozosa* a recorrer un camino, que nos permita salir de la estrecha prisión egoica de la botella que creemos ser, para dejarnos abrir y fluir en el *océano que, realmente, somos*. O, con más precisión, debería decir que no se trata de recorrer ningún camino que algún día nos condujera a algún lugar lejano todavía inaccesible. Se trata, más bien y sencillamente, de *caer en la cuenta* de lo que *ya* somos y *siempre* hemos sido. No hay que huir a un futuro idealizado que no existe, sino aprender a vivir y a permanecer en el *presente atemporal*, luminoso, pleno y liberador. El presente que, trascendiendo el tiempo y el espacio, se revela como Océano de vida y de unidad.

I

LA INTOLERANCIA RELIGIOSA

¿Qué religión puede ser ésa que genera personas intolerantes?

Nos cuenta el evangelio de Lucas (9,51-55) que, en una ocasión, no quisieron recibir a Jesús en una aldea de Samaría. Ante ese hecho, los discípulos Santiago y Juan le dijeron: “Señor, ¿quieres que mandemos que baje fuego del cielo y los consuma?”. Pero Jesús, “volviéndose hacia ellos, los reprendió severamente”. (Y, según algunos manuscritos, añadió: “No sabéis de qué espíritu sois, porque el Hijo del hombre no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos”).

La intolerancia surgió temprano también en ese grupo. Y, pese a la severa reprensión de Jesús, el fuego que aquellos dos pedían para acabar con los habitantes de la aldea, habría de materializarse trágicamente, siglos más tarde, en las hogueras de la Inquisición.

LA INTOLERANCIA QUE NOS ACECHA: NECESIDAD DE SEGURIDAD Y
DESCALIFICACIÓN DEL OTRO

En el corazón humano late muy frecuentemente la intolerancia. Nos cuesta tolerar la diferencia porque sentimos amenazada nuestra

seguridad. Por eso, a mayor inseguridad –del tipo que sea–, mayor intolerancia y fanatismo. ¡Necesitamos tanto tener razón para sentirnos seguros!... Lo expresó muy acertadamente el físico Andréi Sajarov: “*La intolerancia es la angustia de no tener razón*”. Y sabemos de qué es capaz el ser humano con tal de liberarse de la angustia.

Puesto que *la intolerancia es la “cara oculta” de la necesidad que el yo tiene de sentirse seguro*, aquélla podrá manifestarse en cualquier ámbito humano y en cualquier tipo de relación, con mayor peligrosidad en las relaciones autoritarias. Pero aquí quiero detenerme en uno solo de esos ámbitos, el religioso.

(Esta opción no significa negar el hecho de *la intolerancia antirreligiosa*, que arraiga en el resentimiento que nace del sufrimiento padecido a causa de lo religioso o en el temor a imposiciones externas. Aunque también en este caso, si la protesta adopta formas de intolerancia, como *descalificación* del otro, habrá que concluir que brota igualmente del sentimiento de la propia *inseguridad* y de la necesidad –egoica– de tener razón).

En cualquier caso, a la persona religiosa lo que le interesa no es tanto denunciar la intolerancia ajena cuanto aprender a liberarse de la propia. Al emprender este trabajo, me mueve una *doble motivación*: por un lado, la constatación histórica de que la religión se ha casado fácilmente con la intolerancia, llegando en ocasiones a extremos absolutamente inhumanos; y, por otro, la certeza de que la tolerancia más exquisita –que llega a tomar forma de amor bondadoso, compasivo y perdonador– define la esencia misma de la espiritualidad. Dicho de otro modo: *¿qué ocurre para que aquella tolerancia que pertenece al núcleo primario de la espiritualidad –y que ha inspirado las tradiciones religiosas más abiertas– quede sepultada bajo la descalificación y condena del que es diferente?*